

— Á esta hora, dos amigos míos deben estar en casa de Mr. de Valgeneuse para que les diga el nombre de las personas con quienes deben entenderse.

— Esos dos amigos, ¿son Mrs. Petrus y Ludovico?

— Sí.

— Pues bien, no os inquietéis por esa parte; los encontré al salir de vuestra casa, y he obtenido de ellos, bajo mi responsabilidad, que esperasen hasta las once y viniesen á tomar órdenes nuevas. ¡Eh! esperad, parece que habían arreglado sus relojes por el vuestro, y que en este momento de las once ellos llaman á vuestra puerta.

— Entonces nada tengo que decir, replicó Juan Robert.

— ¡Hasta la vista! dijo Mr. de Marande tendiendo la mano á Juan Robert.

Después dió algunos pasos hacia la puerta, y deteniéndose de repente:

— ¡Pardiez! dijo, olvidaba el objeto principal de mi visita.

Juan Robert miró al banquero con una nueva expresión de asombro mayor que las anteriores.

— Había venido para suplicaros de parte de mi esposa, que quiere asistir precisamente á vuestra primera representación, pero que no quiere ser vista, que la cambiasen su palco por uno de proscenio. ¿Es posible?

— Sin duda.

— Pues bien, si os preguntan por qué he venido á vuestra casa, tened la bondad de decir el principal motivo; que es el cambio de localidad, ¿no es cierto?

— No lo olvidaré, señor.

— Y ahora, dijo Mr. de Marande, os pido perdón por haber dilatado tanto mi visita por una cosa tan sencilla.

Después, saludando profundamente á Juan Robert,

Mr. de Marande se retiró con gran aturdimiento del poeta, quien al verle desaparecer experimentó hacia él una especie de respetuosa simpatía. El hombre le pareció grande; el marido le pareció sublime.

Detrás de Mr. de Marande, aparecieron los dos jóvenes.

— ¿Y bien? le preguntaron á Juan Robert.

— Siento mucho haberos molestado esta mañana, les dijo; ya no tengo nada que arreglar con Mr. de Valgeneuse.

CAPÍTULO XV.

EN EL QUE LOS RESULTADOS DE LA BATALLA DE NAVARINO SON CONSIDERADOS BAJO UN NUEVO ASPECTO.

Mientras que Mr. de Marande explicaba afectuosamente á Juan Robert la causa de su visita, veamos lo que sucedía en casa de Mr. de Valgeneuse, ó más bien fuera de su casa.

Loredán, como ya hemos dicho, se había escapado de casa de la señora de Marande; pero, como hemos dicho también, tuvo la torpeza, por bajar precipitadamente la escalera, de tropezar con Mr. de Marande, á quien apagó la palmatoria, y le derribó la cartera.

Por listó que hubiera estado en desaparecer, estaba casi seguro de que el banquero le había reconocido; y en todo caso no le quedaba duda de haberlo sido por Juan Robert; por lo cual, esperaba recibir aquella mañana la visita de uno de los dos ó tal vez la de ambos.

Sin embargo, no las esperaba hasta las nueve ó diez de la mañana; tenía por tanto, mientras llegaban, todo el

tiempo necesario para tomar ciertas noticias que, en la situación en que se hallaba, le parecían de primera necesidad.

Aquellas noticias las esperaba de la señorita Natalia.

Mr. Loredán de Valgeneuse deseaba saber lo que había pasado después de su salida.

Hacia las siete de la mañana, salió á pie de su casa, tomó un cabriolé, y se hizo conducir á la calle Lafite, donde pensaba que los dueños no se habrían levantado todavía; por lo que tendría más facilidad para hablar con la doncella.

La casualidad favoreció á Mr. de Valgeneuse más de lo que creía; en el momento en que llegó á la puerta de la casa, la señorita Natalia salía con su equipaje.

Mr. de Valgeneuse le hizo un signo desde su cabriolé.

La doncella le reconoció y se dirigió á él en seguida.

— ¡ Ah, señor ! ; qué fortuna es para mí el encontraros !

— Yo te diría otro tanto, contestó el joven; porque te buscaba. ¿ Qué ocurre ?

— Que me ha despedido la señora, contestó la doncella.

— ¿ Y adónde vas ?

— Á una fonda cualquiera hasta que sea mediodía.

— Y á mediodía, ¿ dónde pensabas ir ?

— Pensaba ir á casa de la señorita á suplicarla se interesase por mí; porque por culpa vuestra y por haber seguido vuestras instrucciones, me han puesto en la calle.

— No tienes que esperar al mediodía para eso; Susana se levanta muy de mañana; dile lo que te sucede y volverá á tomarte á su servicio: por mi parte, te debo el desquite y te lo daré; está tranquila.

— ¡ Oh ! no estaba inquieta; sabía bien que erais muy justo, para dejarme en la calle.

— Pero dime, ¿ qué ha sucedido después de mi salida ? Una larga conversación entre la señora de Marande y Mr. Juan Robert, á cuyo fin, Mr. Juan Robert ha jurado que no se batiría con vos.

— ¿ Y tú crees en los juramentos de poeta ?

— No, señor; debe estar ahora en vuestra casa.

— Acabo de salir, y aun no había ido.

— ¿ Y después ?

— Después, la señora de Marande bajó á su habitación, y allí fué donde me despidió.

— ¿ Y luego ?

— Luego, se acostó y en seguida entró Mr. de Marande.

— ¿ Dónde ?

— En la alcoba de su mujer.

— ¿ En la alcoba de su mujer ? ; no me habiais dicho que nunca entraba en ella ?

— Parece que tiene una excepción en las grandes circunstancias.

— ¿ Y tú sabes por qué motivo iba á la habitación de su esposa ?

— ¡ Oh ! estad tranquilo, dijo Natalia, riendo con la desvergüenza de una Martón del tiempo de Luis XV, no era por lo que sospecháis.

— ¡ Uf ! me libras de un enorme peso, hija mía, ¿ y por qué iba ? vamos, dimelo.

— Á tranquilizar á la señora de Marande.

— ¿ Qué entiendes tú por eso ? vamos, acaba; tú no habrás dejado de escuchar un poco á la puerta de uno, como habías escuchado á la del otro.

— Si lo he hecho ha sido por serviros únicamente, os lo juro.

— ¡ Pardiez ! ; pero qué han dicho ?

— Pues bien, me ha parecido comprender que Mr. de Marande defendía á capa y espada á Mr. Juan Robert.

— ¡ Ah ! eso lo completa, Natalia ; ciertamente ese hombre es una perla. Y después de haber tranquilizado á su mujer, y haber defendido á capa y espada á Mr. Juan Robert, ¿ qué ha hecho ?

— Besó respetuosamente la mano á su esposa y se retiró á su casa á paso de lobo.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ; de modo que es con él con quien voy á arreglar ese asunto ?

— Lo juraría.

— Entonces es preciso no hacerle esperar. Si tuviese un carruaje cerrado, te llevaría conmigo, hija mía ; pero tú comprendes que en un cabriolé es imposible ; toma un fiacre y sigueme.

— Así, hé ahí un hombre prevenido.

— Sí, Natalia, y un hombre prevenido vale por dos.

Mr. de Valgeneuse dió las señas al cochero y hacia ella se dirigió rápidamente.

Hé aquí lo que había sucedido durante el paseo que Mr. de Valgeneuse acababa de dar.

La señorita Susana, á quien no hemos tenido el placer de volver á ver desde la reunión del palacio de Marande, donde había empezado á coquetear con Camilo de Rozán, no había perdido el tiempo, mientras Carmelita por el contrario había perdido el suyo en desvanecerse encontrando alegre, rozagante, indiferente y prodigando sus requiebros á derecha é izquierda al hombre que había ocasionado la muerte de Colombán.

Desde aquella noche en que, á pesar de que los grandes ojos negros de la señora de Camilo Rozán se habían fijado en ella llenos de celos, la señorita Susana de Valgeneuse

había formado su resolución sobre el americano, no había pasado un solo día sin que Camilo encontrase, como por casualidad, á la señorita Susana en la Ópera, en los Bufos, en las carreras, en el paseo, en las Tullerías, en veinte salones donde el uno y el otro tenían entrada.

Poco á poco, en vez de dejarlo á la casualidad, se citaban. Camilo hizo alarde de su amor, y la señorita de Valgeneuse se dejó comprometer sin inquietarse mucho.

Una mañana hizo más, confesó que participaba del amor del joven criollo.

Una noche hizo más aún, le dió heroicamente prueba de ello.

Desde aquella noche, Camilo de Rozán venía al palacio de Valgeneuse en los cortos instantes que le dejaba su celosa mitad. Según costumbre, era por la mañana cuando la española dormía aún.

Así era, que Mr. de Marande, al salir de casa de Juan Robert para volverse á las Tullerías, había encontrado á Camilo de Rozán en el extremo de la calle del Bac.

Y como el criollo, con su acostumbrada discreción, se inquietase poco de haber sido visto, le había saludado.

— ¿ De dónde diablos salís á semejante hora ? le había preguntado el banquero.

— De casa de Mr. de Valgeneuse, le había contestado aquél.

— ¿ Os conocéis acaso ?

— Vos fuisteis el que nos presentó el uno al otro.

— Es cierto ; lo había olvidado.

Y habiéndose saludado mutuamente, cada cual siguió por su lado.

Al entrar en su casa, Loredán se maravilló mucho de no tener noticias ni de Juan Robert ni de Mr. de Marande.

Se sabe ya el motivo.

Los amigos, ó más bien, dándoles su verdadero título en aquellos momentos, los testigos de Juan Robert habían prometido al banquero que esperarían nuevas instrucciones. y, esperándolas, se desayunaban en el café Desmares, mientras Mr. de Marande, por su parte, no quería presentarse en casa de Mr. de Valgeneuse antes de haber visto á Juan Robert.

Á las once y media, cuando Mr. de Valgeneuse concluía su desayuno, le anunciaron á Mr. de Marande.

Hizo le introdujesen en el salón, y para cumplir la promesa que había hecho á Natalia de no hacerle esperar, se dirigió allí en seguida.

Después de los saludos acostumbrados, Mr. de Valgeneuse fué el que habló el primero.

— Ayer noche supe, dijo, vuestro nombramiento para el ministerio, y había pensado iros á felicitar hoy mismo.

— Mr. de Valgeneuse, respondió secamente el banquero, presumo que no ignoráis el motivo de mi visita. Ayudadme, pues, os lo suplico, á abreviarla, porque ni uno ni otro tenemos tiempo que perder en cumplimientos inútiles.

— Estoy completamente á vuestras órdenes, señor, dijo Loredán, aunque ignoro absolutamente lo que podéis tener que decirme

— Ayer noche, os introdujisteis en mi casa, sin invitación, en una hora en que, de ordinario, no se va á ninguna parte donde no hemos sido invitados.

Planteada así la cuestión, no tenía Loredán otro recurso que responder francamente.

Hizo más aún, y contestó con desvergüenza.

— Es verdad; debo confesar que no había recibido invitación alguna, sobre todo de parte vuestra.

— No la habíais recibido de nadie, señor.

Mr. de Valgeneuse se inclinó sin contestar como un hombre que quiere decir:

— Continúad.

Mr. de Marande continuó:

— Una vez en casa, penetrasteis en la habitación de la señora de Marande, y os ocultasteis en su alcoba.

— Veo con disgusto, dijo con tono chocarrero Mr. de Valgeneuse, que estáis perfectamente enterado.

— Pues bien, señor, una vez que no negáis el hecho, admitiréis las consecuencias, ¿no es cierto?

— Explicádmelas, señor, y veré si debo admitirlas.

— Pues bien; las consecuencias de ese hecho son que habéis insultado voluntariamente á una señora.

— ¡Diantre! dijo Mr. de Valgeneuse con fanfarronería; preciso será que lo confiese, pues había testigos.

— Entonces, señor, prosiguió el banquero, encontraréis muy natural que os pida una satisfacción de ese insulto; ¿no es cierto?

— Estoy á vuestras órdenes, mi querido señor, y ahora mismo si lo queréis. Justamente hay en el extremo del jardín un pabellón que parece hecho á propósito para la esgrima.

— Siento no poder aprovechar en este mismo instante vuestra amable proposición; desgraciadamente los asuntos de esa clase no pueden concluirse con esa prontitud.

— ¡Ah! dijo Mr. de Valgeneuse, quizá no os habéis desayunado; sé que algunas personas no quieren batirse en ayunas, aunque á mí me es completamente indiferente.

— Hay que atender á una razón más poderosa, contestó el banquero, sin hacer caso, al parecer, de la burla de su

interlocutor. Tengo que conservar el honor del nombre que llevo, y siento me obliguéis á recordároslo.

— ¡ Bah ! dijo Mr. de Valgeneuse, ¿ qué importa la gaceta de un nombre ? Después de nosotros, el diluvio...

El banquero continuó gravemente :

— Libre sois de hacer del nombre de vuestro padre lo que gustéis ; pero á mí me interesa hacer que respetado sea, y no dejar que caiga sobre él el ridículo ; tengo por lo tanto el honor de haceros una proposición.

— Hablad, señor, os escucho.

— ¿ Hace mucho tiempo, me parece, que no habéis usado la palabra en la Cámara de los Pares ?

— Efectivamente, señor. ¿ Pero qué relación puede tener la Cámara de los Pares con el asunto que os ocupa ?

— Una relación directa como vais á ver. En estos últimos días se ha recibido la noticia de la batalla de Navarino.

— Sin duda ; pero...

— Esperad. Mañana deben ocuparse en la Cámara de los negocios de Turquía y Grecia, que las elecciones y acontecimientos que les han seguido, desgraciadamente hecho se desatiendan.

— Me parece recordar, efectivamente, que alguien pidió la palabra sobre esa cuestión.

— Pues bien, vengo á proponeros que la pidáis también.

— ¿ Pero adónde diablos queréis ir ? dijo el joven, soltando una impertinente carcajada en las barbas del banquero.

Este aparentó no haber notado aquella inoportuna salida y continuó con el mismo tono frío y grave :

— La cuestión de la Grecia es de la más alta importancia y del más vivo interés, si se la considera bajo todas sus relaciones. Puede sacarse un partido magnífico de semejante asunto, y me persuado de que si queréis tomaros esa molestia, encontraréis ocasión para hacer un excelente discurso. ¿ Me comprendéis ?

— Menos que nunca, os lo confieso.

— ¿ Entonces es preciso deciroslo todo ?

— Decidlo.

— Pues bien, mi querido Mr. de Valgeneuse, yo soy partidario decidido y entusiasta de los griegos. Aun he publicado algunos escritos sobre ese asunto. Vos, que no habéis tomado partido en ese asunto, haceos turcófilo y combatid ardientemente á los filhelenos. Á propósito de los griegos y de los turcos, encontrad medio de insultarme, y de modo que pueda públicamente pedir os satisfacción. He sido claro ahora ?

— ¡ Oh ! perfectamente, y por original que sea vuestra proposición, la acepto con alegría, una vez que tanto os agrade.

— Hasta mañana, pues, y después de la sesión, tendré el honor de enviaros mis testigos.

— ¿ Por qué hasta mañana ? No es la una aún. Tengo tiempo suficiente para ir á la Cámara y hablar hoy mismo.

— No me atrevia á proponéroslo, por temer estuvieseis ocupado todo el día.

— Bueno, gastáis cumplimientos conmigo.

— Ya veis que no los gasto, pues acepto, se apresuró á decir Mr. de Marande saludando ; sólo os pido os apresuréis.

— No os pido más tiempo que el necesario para hacerme ganar.

— Otro podría anticiparseos, pues la palabra se concede al que la pide primero. Hacer enganchar es perder inútilmente un cuarto de hora.

— Si halláis algún medio de hacerlo de otro modo, decidlo; pues no creo que me propongáis ir á pie desde aquí al Luxemburgo; y á menos que vuestro carruaje no esté abajo, y me ofrezcáis un asiento en él...

— Iba á proponéroslo, efectivamente, dijo Mr. de Marande.

— Acepto con reconocimiento, repuso Mr. de Valgeneuse.

Y aquellos dos hombres que acababan de convenir en degollarse á la mañana siguiente, salieron del palacio, por decirlo así, cogidos del brazo y como amigos.

Al salir, Mr. de Marande encontró lo mismo que por la mañana á Camilo de Rozán, el cual bajaba de su carruaje.

— Es la segunda ocasión, qué tengo la satisfacción de encontraros hoy, y casi en el mismo sitio, dijo Mr. de Marande.

— Lo mismo me sucede, por consecuencia, contestó el americano; estas son las casualidades que han sucedido siempre, y Moliere ha escrito unos versos sobre ese asunto, que me parece empiezan:

Aqueste sitio me agrada, etc., etc.

— Si tenéis alguna cosa que decir á Mr. de Valgeneuse, continuó el banquero, apresuraos, porque como os dirá él mismo, tiene mucha prisa.

— ¿Es, en efecto, á mí á quien venís á ver, querido amigo? dijo Loredán tendiendo la mano á Camilo.

— Sin duda, repuso el criollo, sonrojándose ligeramente.

— ¡Pues bien! venís en mal hora, pues no me encontraréis; acabo de salir, dijo Loredán, subiendo al carruaje de Mr. de Marande; pero subid, sin embargo, veréis á mi hermana, cuya vista os será tan agradable, según creo, como la mía. Adiós, pues, ó más bien hasta la vista.

Y el carruaje partió al galope.

Diez minutos después, Mr. de Valgeneuse entraba en la Cámara de los Pares y pedía la palabra.

CAPÍTULO XVI.

DEL DISCURSO DE MR. LOREDÁN DE VALGENEUSE EN LA CÁMARA DE LOS PARES, Y DE SUS CONSECUENCIAS.

La victoria de Navarino, última reacción de Europa contra el Asia, acababa de ser comprada al precio de seis años de incesantes combates y luchas gigantescas. Los Epaminondas, los Alcibiades y Temistocles modernos, eran la admiración del mundo entero; se diría que habían encontrado, como Teseo, las pesadas armas de sus padres, escondidas en los campos de Salamina, de Maratón y de Mantinea.

Con aquel sentimiento de independencia, despertado en los griegos después de tantos años de estupor, bajo el hábito de la revolución francesa, el corazón de la Europa se había conmovido. Hugo y Lamartine lo habían cantado; Byron había muerto por ellos. Su causa había venido en cierto modo á ser la causa de la Francia, y habían sufrido por sus derrotas como habían aplaudido sus victorias.

Mientras este sentimiento era más universal y nacional,